

PARTE SEGUNDA
SUS DOCTRINAS

IV

PROGRESO Y MISERIA

Visión de un porvenir posible. — Los grandes progresos contemporáneos. — Esperanzas é ilusiones. — Promesas de bienestar y de liberación. — El lenguaje de los hechos. — Acrecentamiento de la miseria. — Aumento progresivo de los poderes productores y desvalimiento creciente del trabajo. — Frutos amargos de la civilización. — Modo de actuar el progreso sobre la Sociedad. — El lamento milenarío — Situación actual del obrero. — Su comparación con la vida del trabajador en la Edad Media. — Inferioridad de la condición del obrero respecto del salvaje. — Debemos investigar la causa de la miseria y combatirla. — Impulsos morales y conveniencias que nos instigan para esa labor.

Si un hombre de la última centuria—escribía Henry George en 1877 al dar comienzo á su libro *Progreso y Miseria*—un Franklin ó un Priestley, hubiese vislumbrado, en una anticipación del futuro, el buque de vapor reemplazando al barco de vela, el ferrocarril á la diligencia, la segadora á la hoz, la trilladora al mayal, hubiera podido percibir la pulsación de las máquinas que, dóciles á la voluntad humana, y para satisfacer nuestros deseos despliegan un poder mayor que el de todos

los hombres y el de todas las bestias de carga, hubiera podido ver trocarse los árboles en maderamen acabado, en puertas, marcos, tablones, cajas ó barriles, sin que apenas los toquen las manos del hombre; los grandes talleres donde se fabrican botas y zapatos con menos esfuerzo del que el antiguo remendón empleaba en poner una suela; las fábricas donde el algodón, bajo la vigilancia de una muchacha, se convierte en tela con más prontitud que lo hubieran hecho centenares de hábiles tejedores en sus telares de mano; hubiera podido ver los martillos de vapor forjando inmensos capiteles y enormes anclas, y máquinas delicadas haciendo diminutos relojes; el taladro de diamante perforando el corazón de las rocas, y el petróleo sustituyendo al aceite de ballena; si hubiera podido comprobar la enorme economía de trabajo resultante del progreso en las facilidades del comercio y de las comunicaciones, carneros muertos en Australia y consumidos frescos en Inglaterra; órdenes dadas por los banqueros en Londres por la tarde y ejecutadas en San Francisco en la mañana del siguiente día; si hubiera podido imaginar los cien mil progresos de los que únicamente son atisbos éstos, ¿qué hubiera pensado, en consecuencia, acerca de la condición social del linaje humano?

No sería una deducción; después de esa anticipación del futuro, sería como si lo hubiera visto; su corazón habría palpitado y sus nervios vibrarían como quien al frente de una caravana sedienta divisara desde una altura en la lontananza bosques ruidosos y juguetonas aguas corrientes.

Con los ojos de la imaginación contemplaría esas nuevas fuerzas, elevando á la sociedad desde sus propios cimientos, poniendo hasta á los más pobres sobre todo peligro de hambre, eximiendo aun á los más bajos de la angustia infiltrada por las necesidades materiales de la vida; hubiera visto á esos esclavos creados por la ciencia tomar sobre sí la pesadumbre tradicional, á esos músculos de hierro y á esos nervios de acero hacer de la vida del más pobre trabajador un día de fiesta en el que toda alta cualidad y todo noble impulso encontraría ambiente para desenvolverse.

Y de esta espléndida situación material habría visto surgir, como necesaria consecuencia, condiciones morales que realizaran la edad de oro que siempre ha soñado la humanidad. Ya no habría adolescentes raquíuticos y hambrientos; el anciano no sería maltratado por la avaricia; el niño jugando con el tigre, el hombre exento de miseria, embriagándose en la gloria del cielo. La corrupción disipada, el orgullo convertido en humildad, la discordia trocada en armonía. Porque ¿cómo podría haber codicia donde todos tuvieran bastante? ¿Cómo podrían existir el vicio, el crimen, la ignorancia, la brutalidad, que nacen de la miseria y del miedo á la miseria, allí donde la miseria hubiera desaparecido? ¿Quién adularía donde todos fueran hombres libres? ¿Quién oprimiría cuando todos fueran iguales?

Los hechos no han justificado esa posible visión del futuro; por el contrario la miseria se ha acrecentado. Este hecho, el gran hecho de que la mi-

sería y cuantos males de ella se derivan aparecen en las sociedades precisamente al par que se desenvuelven las condiciones hacia las cuales conduce el progreso material, prueba que estas dificultades sociales, existentes en todas partes donde se ha alcanzado cierto grado de progreso, no dimanen de circunstancias locales, sino que por uno ú otro camino son engendradas por el progreso mismo.

Por muy doloroso que nos sea el reconocerlo, es evidente que el enorme aumento del poder productivo característico de la edad contemporánea y cada vez creciente no muestra tendencia alguna á extirpar la miseria ni siquiera á disminuir la carga de quienes están obligados á trabajar. Sencillamente ensancha el abismo entre el pobre y el rico y hace más intensa la lucha por la vida. La aplicación de los descubrimientos efectuados da al hombre poderes que hace un siglo no hubiera soñado ni la más osada imaginación. Pero en las fábricas donde la maquinaria economiza el trabajo, trabajan muchos niños; dondequiera que las nuevas fuerzas son utilizadas de algún modo, hay clases sociales numerosas que tienen que vivir de la caridad ó están muy cercanas á recurrir á ella. En medio de las grandes acumulaciones de riqueza, los hombres se mueren de hambre, y hay raquíticos pequeñuelos cuya vida no pueden sostener los exhaustos senos maternos. Y al mismo tiempo, dondequiera, el ansia del dinero, el culto rendido á la riqueza revela el imperio que sobre los hombres tiene el miedo á la necesidad. Aquella

tierra prometida de la visión huye ante nosotros; los frutos del árbol de la ciencia se convierten, á medida que los vamos cogiendo, en manzanas de Sodoma, que se pulverizan al tocarlas.

Es cierto que se ha aumentado enormemente la riqueza y que el término medio de la comodidad, del descanso y del regalo se ha elevado; pero estos beneficios no alcanzan á todos. Las clases más humildes no participan de ellos. No es que la condición de las clases inferiores no haya experimentado mejora alguna ni en ninguna parte, sino que en parte alguna ha habido mejora para ellas que pueda ser atribuida á ese aumento del poder productivo. Ciertamente es también que los más pobres de hoy pueden, en varios aspectos, disfrutar de algo que los más ricos de otros siglos no tenían á su disposición. Pero esto no significa mejora alguna en lo esencial de su condición, que es la aptitud para lograr las cosas necesarias á la vida. En las clases pobres esta aptitud no ha aumentado. En una gran ciudad un mendigo puede disfrutar de muchas cosas de que carece el labriego; pero esto no prueba que la condición del mendigo de la ciudad sea mejor que la del labrador independiente.

Lo que quiero significar es que la tendencia de esto que llamamos progreso material no es en modo alguno mejorar la condición de las clases más bajas en aquello que es esencial á la salud y á la felicidad de la vida humana. Por el contrario, ese progreso material contribuye á deprimir más aún la condición de tales clases. Las nuevas fuerzas, aunque por su índole cooperen á la elevación de la

Sociedad, no actúan sobre la estructura social desde los cimientos de ésta, como durante mucho tiempo se esperó y se creyó; actúan sobre la estructura social en un punto intermedio entre la cima y la base; son como una inmensa cuña que se hincara, no debajo de la Sociedad, sino en medio de ésta; los que se hallaran por cima del plano en que la cuña actúa, serían elevados; pero aquéllos que estuviesen debajo, serían más oprimidos.

Esta es la gran decepción que á los espíritus observadores trae el progreso, disipando las esperanzas que en la aurora de nuestra civilización despertó. Se han alcanzado cimas otro tiempo increíbles. Y sin embargo, la miseria en ninguna parte se ha atenuado; en todas ellas, el progreso que acrecentaba en unos la riqueza, intensificaba en otros el desvalimiento y el desamparo. El curso del tiempo, no ha confirmado sus promesas. Tres mil años de progreso van corridos y todavía resuenan el bíblico lamento: «¡Han hecho amargas nuestras vidas con pesadas cadenas, sujetos al mortero y al ladrillo y á toda especie de trabajo!» Tres mil años de progreso y aún resuenan sollozantes las voces lastimeras de los niños. Progresamos y progresamos, surcamos continentes con ferrocarriles y enlazamos ciudades con los hilos del telégrafo. Cada día surge una nueva invención; cada año señala otro avance, poder de producción aumentado, caminos para el comercio esclarecidos y allanados. Sin embargo, la queja contra los malos tiempos es cada día más hosca; en todas partes, acosa á los hombres el desasosiego y los atribula el temor á la

necesidad. El poder de las fuerzas humanas para satisfacer nuestras necesidades, avanza y avanza, se multiplica, con veloz y creciente carrera, á saltos prodigiosos. Pero, la lucha por la vida es más y más intensa y el trabajo humano va siendo la más barata de las mercancías. Junto á los depósitos rebosantes hay seres humanos que viven sombríamente, mordidos por el hambre y tiritando de frío; á la sombra de las iglesias crece el vicio que proviene de la necesidad.

Si la contemplación de semejante espectáculo nos dejara alguna duda sobre el carácter de la influencia que el progreso ejerce en la condición social de las multitudes, nos la disiparía el contraste entre las circunstancias del vivir moderno y el de hace algunos siglos. Hace siglos, el poder productor de riqueza era en Inglaterra, comparado con el de ahora, hombre á hombre, verdaderamente pequeño. No sólo era inferior ese poder en todas las ramas de la producción que han sido revolucionadas por las grandes invenciones y los descubrimientos aplicados á la industria mecánica desde la introducción del vapor en ésta, sino que también lo era en la propia agricultura. No se habían descubierto los prados artificiales. No habían sido introducidas las plantas que, como la patata, la zanahoria y otras muchas, son las más prolíficas. Eran desconocidos los beneficios de la rotación de cosechas. Los instrumentos agrícolas se limitaban á la laya, la hoz, el mayal, el arado toscó y el rastrollo. Las razas pecuarias no alcanzaban más que la mitad de las dimensiones que hoy logran por

término medio, y los carneros tenían la mitad de lana que hoy tienen. Los caminos, donde los había, eran rematadamente malos; los vehículos de ruedas, escasos y toscos; parajes situados á un centenar de millas uno de otro, estaban, en cuanto á dificultades del transporte, prácticamente tan lejos como lo están ahora Londres y Hong-Kong, ó San Francisco y New-York. Y á pesar de tales inferioridades, los investigadores pacientes de la condición social de aquellos tiempos, nos dicen que la vida del trabajador era, no sólo relativamente, sino absolutamente mejor en aquellos rudos tiempos que en la Inglaterra actual, después de cinco siglos de progreso en las artes productivas. Nos dicen que los obreros no trabajaban tan duramente como hoy, y vivían mejor; estaban exentos del terrible temor de que, perdiendo su empleo, cayesen en la miseria y fuesen arrojados á la mendicidad ó dejaran una familia que tuviera que acudir á la caridad para librarse del hambre. El pauperismo de la rica Inglaterra del siglo XIX era absolutamente desconocido del siglo XIV, más pobre.

Era la Medicina más empírica y rutinaria; se desconocían completamente las precauciones y reglas higiénicas. Hubo epidemias con frecuencia, y hambre circunstancialmente; porque como el transporte tenía que vencer enormes dificultades, no era fácil aliviar la escasez de una comarca con la abundancia de otra. Lo que no ocurría es que los hombres estuvieran hambrientos en medio de la abundancia, como acontece ahora; y lo que es

más significativo aún: no sólo no trabajaban las mujeres y los niños como hoy trabajan, sino que la jornada de ocho horas, que ni aun las clases trabajadoras de los Estados Unidos, con toda profusión de maquinaria y de elementos economizadores del trabajo han conseguido todavía, era entonces la jornada usual.

Tan mísera y desvalida es hoy la condición de la inmensa mayoría de las clases trabajadoras, que puede con justicia reputarse más infeliz que la condición del salvaje. El producto total del trabajo de una tribu salvaje es pequeño; pero cada uno de los individuos de esa tribu es capaz de vivir una vida independiente. Puede construir su propia casa, fabricar su canoa, hacer sus vestidos, confeccionar sus armas, sus lazos para la caza, sus herramientas, sus muebles. Posee todos los conocimientos naturales que su tribu tiene; sabe qué vegetales son adecuados para su alimento, y dónde puede hallarlos; conoce las costumbres de los animales, pájaros, pescados é insectos, y los lugares á donde acuden; puede navegar por sí mismo, guiándose por el sol ó por las estrellas, por el retorno de las flores y el reverdecimiento de los árboles; en una palabra: es capaz de satisfacer las necesidades que tiene. Puede prescindir de sus semejantes y, á pesar de ello, seguir viviendo; y por eso disfruta de un poder independiente, que le permite ser una parte libre en sus relaciones con la sociedad á que pertenece. Compárese con este salvaje al trabajador de las capas últimas de la sociedad civilizada; hombre cuya

vida se invierte en producir sólo una cosa, y muchas veces, sólo una parte infinitesimal de una cosa; extraño á la multiplicidad de las cosas que constituyen la actual riqueza de la sociedad, y que se destina á satisfacer aun las necesidades primitivas; un hombre que, no sólo no puede hacer por sí ni siquiera las herramientas necesarias para su trabajo, sino que las más de las veces usa instrumentos que no le pertenecen y que no puede esperar poseer nunca.

Obligado á un trabajo más intenso y más continuo aún que el del salvaje, y sin ganar más de lo que el salvaje gana, lo extractamente indispensable para vivir, carece de la independencia del salvaje. No sólo es impotente para aplicar sus facultades á la directa satisfacción de sus propias necesidades, sino que tampoco puede aplicarlas indirectamente sin el concurso de muchos otros. No es más que un eslabón de una enorme cadena de productores y consumidores, incapaz para separarse é impotente para moverse sino cuando aquellos también se mueven. Mientras peor es su condición social, más supeditado está á la sociedad; más absolutamente incapaz es de hacer nada en su propia ayuda. Su poder de ejercitar sus facultades en el trabajo para satisfacer sus propias necesidades no se regula por su voluntad; lo dirige ó regula la acción de otro ó causas generales sobre las que el trabajador influye, tanto como influye sobre los movimientos de sistema solar. Y así, el trabajo para el humilde de la sociedad moderna cambia de concepto: en vez de seguir siendo,

como fué primitivamente, un castigo, viene á ser considerado como una merced como un bien. Los hombres contemporáneos piensan y hablan y piden y legislan sobre el trabajo como si la monótona faena manual fuera por sí misma un bien y no un mal; un fin del hombre, y no un medio penoso para satisfacer sus necesidades. En tales circunstancias el hombre pierde su resorte esencial: la iniciativa, la espontaneidad, el divino poder de modificar y regular las condiciones exteriores; se trueca en un esclavo, en una máquina, en una mercancía, en algo que, en ciertos aspectos, es inferior al animal.

No es que se deba admirar sentimentalmente el estado salvaje. Estas ideas sobre los libres hijos de la Naturaleza no provienen de Rousseau, Chateaubriand ó Cooper. El salvaje padece pobreza natural y mental; su horizonte es bajo y limitado. No sólo es la civilización el natural destino del hombre, sino que ella liberta, eleva y depura todas las facultades de éste; un hombre que libremente pueda disfrutar las ventajas de la civilización sólo podría mirar con nostalgia hacia el estado salvaje como podría envidiar á los rumiantes. Pero nadie que abra los ojos á los hechos puede negar que en las entrañas de nuestra civilización hay clases numerosas con las que el último de los salvajes no se cambiaría. Estoy convencido de que si al asomarnos al umbral de la vida hubiéramos de elegir entre la existencia de un habitante de la Tierra del Fuego, un negro indígena de Australia ó un esquimal del Círculo Artico ó entre las clases inferiores de un país civilizado como Inglaterra, sería infini-

tamente mejor elegir la suerte del salvaje. Porque esas clases sociales que en medio de la riqueza se hallan condenadas á la necesidad padecen todas las privaciones del salvaje sin la sensación de su libertad personal, están condenadas á escaseces y angustias mayores que las de aquéllos sin disfrutar de las condiciones que permitirían el desenvolvimiento de sus propias virtudes; si su horizonte es más amplio, es únicamente para que puedan ver mejor aquellos beneficios de que no han de gozar.

Esta horrible miseria existente en nuestras ciudades civilizadas nos insta á que investiguemos su causa y la combatamos por cuantos medios están á nuestro alcance. En ese sentido han de movernos por igual un deber de conciencia y la consideración de las pérdidas y despilfarros inútiles que á la sociedad origina. El corazón ha de estremecerse y consternarse ante el violento contraste de la riqueza y la miseria, de las invocaciones religiosas y el triunfo del egoísmo y la crueldad humana. En cualquiera gran ciudad moderna veréis descollar las agujas de cien iglesias levantadas á la gloria de Dios; y junto á ellas, millares de seres humanos viviendo en condición tan abyecta que la clase acomodada tiene mejor sus perros ó caballos favoritos. Subid los escalones de una de esas monstruosas casas de vecindad donde los desvalidos se amontonan; penetrad en cualquiera de esos infiernos; cerrad la puerta de esos cubiles sin ventilación y sin luz, y en las tinieblas, reflexionad un instante lo que será la vida en tal sitio. Cierzo que hay asilos; cierto que la caridad abre

establecimientos donde los pequeñuelos son depositados mientras sus madres se extenuan en el trabajo y donde niños que habitualmente padecen hambre, cuyos miembros están atrofiados por una permanente falta de nutrición, son alimentados y algunas veces hasta educados. Si preguntáis á éstos, tal vez os hablen como hablaba aquella pobre muchacha depauperada, andrajosa y hambrienta que, cuando recibía un pedazo de pan, levantaba los ojos al cielo, cruzaba los brazos y daba gracias á Nuestro Padre Celestial por su liberalidad. Muchos no entreven el terrible significado de esas plegarias. Mas habría que preguntarles: esos pequeñuelos que dan las gracias por una mísera limosna, ¿reciben lo que el Padre Celestial da para ellos? Ese Padre, ¿es tan avaro?; y si no lo es, ¿qué se interpone entre las manos de esos niños y los dones de nuestro Padre? Si lo que se interpone es una institución, ¿no es deber nuestro, deber hacia Dios y hacia nuestros semejantes, luchar sin descanso hasta destruirla? Si lo que se interpone es un hombre, responsable de tantos dolores y tantas iniquidades, ¿no sería para él mejor atarse al cuello una piedra y arrojarse á los abismos del mar?

Mas no sólo la conciencia y el corazón, el sentido práctico aconseja también extirpar esa injusticia. Si fuera posible traducir en cifras la pérdida pecuniaria que la sociedad experimenta por este desbarajuste social que condena á la pobreza y al vicio á clases numerosas, el resultado sería aterrador. Inglaterra sostiene más de un millón de pobres con la caridad oficial. La ciudad de New-

York, por sí sola, gasta en lo mismo más de siete millones de dólares anuales. Pero lo que se gasta de fondos públicos, lo que emplean las Sociedades caritativas y lo que invierte la caridad individual, junto todo ello, no es más que la primera y más pequeña de las partidas de ese despilfarro. Las ganancias potenciales del trabajo así perdidas; el coste de los hábitos de imprevisión, imprudencia y holganza que así se engendran; la pérdida pecuniaria (para no entrar en otras consideraciones) representada por la espantosa estadística de mortalidad, y especialmente la infantil entre las clases más pobres; la disipación revelada por las tabernas y míseros tenduchos, que van aumentando á medida que la pobreza se hace más honda; el perjuicio inferido por la gusanera social, que se revuelve en la miseria y el desamparo—ladrones, prostitutas, mendigos, vagabundos;—el coste de los guardianes asalariados por la sociedad para defenderse contra éstos, todos esos gastos son partidas en la gran suma que la injusta é inicua distribución actual de la riqueza toma del producto total que por los actuales medios de producción la sociedad podría aplicar por entero á su propio mejoramiento moral y material.

V

INDAGACIÓN PREVIA

La miseria de las masas no es su destino natural.—Imputarla á Dios, es una blasfemia —Tampoco se debe á la Naturaleza. La vida no consume la materia; la transforma — El límite de población no es el alimento, sino el espacio.—Error de la «ley de Malthus». —Falsedad de sus fundamentos.—Las subsistencias pueden aún ampliarse enormemente.—La teoría de la «lucha por la existencia» no es aplicable á la especie humana —El hombre produce su alimento; los animales, no.—El aumento de hombres acrecienta la potencia productora de cada uno.—Asociación del esfuerzo.—La miseria no procede, pues, de leyes divinas ni de leyes naturales.— Es la obra del hombre —Obligación moral, común á todos.—Todos deben y pueden hacer algo para remediarla.—Basta el recto uso de la razón.

Tan acostumbrados estamos á contemplar la miseria, que al verla, aun en los países más adelantados, la consideramos como el destino natural de las grandes masas del pueblo, juzgando que es una cosa normal y ordinaria el que haya, hasta en los más elevados centros de civilización, clases numerosas que carezcan de lo necesario para una vida sana y una mayoría de criaturas que sólo

puedan ganar con el más abrumador trabajo lo necesario para una mísera y dolorosa vida. Maestros de Economía Política hay que doctoralmente enseñan que ese arreglo de las cosas resulta de leyes sociales inflexibles contra las cuales es ocioso querellarse.

¡También hay ministros de la religión que predicán que ese es el estado dispuesto por un Creador Omnisciente y Todopoderoso para sus criaturas! Si un arquitecto construyese un teatro de tal manera que sólo una décima parte del auditorio pudiese ver el espectáculo y oír á los actores, le llamaríamos arquitecto chapucero y remendón. Si un hombre invitase á una fiesta y la proveyese de tan escasos manjares que nueve décimas partes de los convidados tuvieran que marcharse hambrientos, le llamaríamos mentecato ó algo peor. Sin embargo, tan endurecidos estamos ante el espectáculo de la miseria, que aun los sacerdotes de esto que pasa por ser Cristianismo nos dicen que Aquel gran arquitecto del Universo, de cuyo infinito saber da testimonio toda la Naturaleza, ha hecho, al crear este mundo, una obra tan chapucera que la mayoría de las criaturas humanas que El había de traer á la vida están condenadas, por las mismas condiciones que Aquel impuso, á la necesidad, al padecimiento y al trabajo embrutecedor, que no permite el desarrollo de las facultades mentales. ¡Están condenadas á consumir sus vidas en una penosa lucha sólo por vivir!

Si la inmensa mayoría de los hombres carece de lo necesario no es por culpa de Dios, ni tampo-

co por avaricia y mezquindad de la Naturaleza. Conforme á sus propias leyes, ésta proporciona y tiene que proporcionar suficiente alimento para todos. Que el hombre no puede agotar ó disminuir los poderes de la Naturaleza es una deducción lógica de la indestructibilidad de la materia y de la persistencia de la fuerza. Producción y consumo son únicamente términos relativos. Hablando en términos absolutos, el hombre no puede producir ni consumir. Aunque el conjunto de la raza humana trabajara infinitamente no podría hacer el Globo ni un átomo más pesado ni un átomo más ligero; no podría ni aumentar ni disminuir en un ápice el conjunto de las fuerzas que, circulando continuamente, producen todo movimiento y sostienen toda vida. Así como el agua que tomamos del Océano tiene que volver otra vez al Océano, el alimento que extraemos de los depósitos de la Naturaleza, desde el mismo instante que comenzamos á utilizarlo se pone en camino de tornar á esos depósitos. Lo que nosotros extraemos de cierta extensión de tierra, puede reducir transitoriamente la productividad de esa tierra, porque lo extraído puede retornar á otra tierra distinta ó dividirse entre aquella de donde la tomamos, y otra á donde retorna parte, y hasta distribuirse entre toda la tierra; pero la posibilidad de esta hipótesis disminuye á medida que se abarca con el pensamiento un área mayor, y cesa cuando consideramos el conjunto del Planeta.

La vida no gasta las fuerzas que la mantienen. Nosotros, cuando venimos al Universo material,

no traemos nada; nada tampoco nos llevamos cuando partimos; físicamente considerado, el ser humano es tan sólo una forma transitoria de la materia, un modo cambiante del movimiento; la materia permanece, la fuerza persiste. Nada se disminuye, nada se debilita. De aquí se sigue que el último límite de la población de que es capaz el Globo sólo puede estar racionalmente en el límite del espacio.

Olvidando estas ideas fundamentales, se pretenden explicar la miseria aplicando lo que se ha dado en llamar la «ley de Malthus», del nombre de quien por primera vez la expuso, ley falaz y mentirosa, que consiste en afirmar que las subsistencias crecen en progresión aritmética mientras la población tiende á crecer en progresión geométrica, habiendo siempre, por lo tanto, un exceso de población, sólo contenido por aquella falta de subsistencia y por las guerras ó epidemias que limitan el crecimiento del linaje humano. El hecho, caprichosamente enunciado, que sirve de base á esa ley supuesta, es absolutamente falso. Todas las cosas que sirven de alimento al hombre tienen por su propia naturaleza el poder de multiplicarse muchas veces, algunas de ellas miles de veces, y otras millones y aun millones de veces en igual lapso de tiempo que el hombre necesita para duplicar únicamente su número. ¿No demuestra esto que, aun cuando los seres humanos aumentaran en toda la extensión que le consiente la facultad reproductora natural suya, el aumento de población no sería nunca más rápido que el aumento de

las subsistencias? Aparece esto claro cuando se piensa que, si bien cada especie del reino vegetal y del animal hace presión, natural y necesariamente, por virtud de sus facultades reproductoras, sobre aquellas condiciones naturales que dificultan otro posterior aumento, sin embargo, esas condiciones en ninguna parte son fijas é incommovibles. No hay especie vegetal ó animal ninguna que haya alcanzado todavía el último límite del suelo, del agua, del aire y del calor solar; lo que ocurre es que cada una de esas especies tiene su límite transitorio, circunstancial, en la existencia de otras especies que son sus rivales, sus enemigas ó las que constituyen su alimento. Así los límites de esas especies vegetales ó animales que sirven de alimento al hombre pueden ensancharse, y en muchos casos, la mera aparición del hombre los ensancharía; y en este caso, las fuerzas reproductoras de las especies que sostienen al linaje humano, esto es, de las subsistencias, en vez de malgastarse luchando contra aquel primer límite circunstancial, se acrecentarían rápidamente en beneficio del hombre á una velocidad que el poder reproductivo del género humano no igualaría, no podría igualar. Así, por ejemplo, con sólo matar aves de rapiña, aumentan los pájaros susceptibles de ser comidos por el hombre; con sólo coger zorras en las trampas, se multiplican los conejos campesinos; la humilde abeja acompaña al colono nuevo, y la materia orgánica que la presencia del hombre arroja al río sirve de alimento á los peces.

La fundamental diferencia que existe en este

orden entre el hombre y las demás especies animales, el hecho que hace falsa la ley de Malthus é inaplicable al género humano las deducciones de la doctrina darwinista acerca de la lucha por la existencia, tan irreflexivamente aceptada como explicación de la miseria, consiste en que así como las especies animales son incapaces por sí propias de acrecentar sus alimentos, hallándose, por consiguiente, sujetas al juego y combinación de las ciegas fuerzas de la Naturaleza, el hombre rompe ese círculo cuya inflexibilidad es requisito indispensable para que sean verdaderas las afirmaciones que se resumen en la frase «la lucha por la existencia» y puede, á voluntad suya, por el mero ejercicio de sus poderes mentales y físicos, aumentar en términos prácticamente indefinidos, la suma de subsistencias. Muy leve reflexión basta para percibir esta diferencia. Si en vez de embarcar hombres desde Europa para el Continente americano, se hubieran embarcado osos, hoy no habría en América más osos de los que hubiera en tiempo de Colón; probablemente habría menos, porque el alimento adecuado para el oso no habría aumentado por la presencia de éstos, ni por la inmigración de osos se habrían ensanchado las condiciones necesarias para que el oso viva. Probablemente, hubiera acontecido lo contrario. En vez de osos llegaron hombres; el resultado es distinto; dentro de los límites de los Estados Unidos, únicamente, no de todo el territorio americano, hay ahora 45 millones de hombres (escribía Henry George en 1877), en vez de unos pocos

cientos de miles que entonces había. No es el aumento de las subsistencias lo que ha producido el aumento de hombres. Sino que el aumento de hombres ha traído consigo el aumento de subsistencias; aquél ha creado éste; hay más alimento, no por virtud del simple juego de las fuerzas naturales, sino sencillamente porque hay más hombres y éstos lo han hecho nacer.

El aumento de hombres, lejos de aumentar la necesidad y disminuir los productos con que se satisface, aumenta la potencia productora en proporción superior al crecimiento del número de hombres. Lejos de crecer las subsistencias más despacio que la población, es la población la que, al aumentar, hace crecer con movimiento mucho más rápido las subsistencias. Veinte hombres que trabajen juntos en un sitio donde la Naturaleza se muestre avara, producirán, por ese sólo hecho de trabajar juntos, más de veinte veces la riqueza que un hombre solo podría producir allí donde la Naturaleza sea extraordinariamente pródiga. La razón es clara. Mientras más densa es la población, más minuciosamente se subdivide el trabajo, mayores son los ahorros de fuerza en la producción y en la distribución del producto; por esto, la verdad es precisamente lo contrario de la doctrina malthusiana; y, dentro de los límites en que razonablemente podemos suponer que el aumento siga en cualquier grado de la civilización, un número de personas mayor podrá producir una suma de riqueza también mayor proporcionalmente y subvenir á sus necesidades con más hol-

gura que en el mismo grado de civilización podría hacerlo un número de personas menor.

Si, pues, la miseria no es algo fatal é inevitable; si no proviene de las leyes divinas ni de las leyes naturales, es la obra de ciertas disposiciones del hombre, y, por tanto, en la voluntad y en el poder del hombre mismo estará el suprimirla y extirparla.

De aquí nace la gran obligación moral, que á todos corresponde, de contribuir con sus fuerzas al hallazgo de esa causa de la miseria y á su remoción. En una sociedad verdaderamente cristiana, en una sociedad que honre, no con los labios, sino con los actos, las doctrinas de Jesús, nadie tendría ocasión de verse acosado por la necesidad física más de lo que la tienen los lirios del campo. Hay bastante alimento para todos, y aún sobra. Lo extraordinario, lo anormal es que en esta furiosa lucha de unos contra otros, pisoteamos y destruimos aquello de lo que nos ha sido proporcionado bastante para todos; lo pateamos en el cieno al luchar unos con otros. ¿De quién es la culpa de que las condiciones sociales hagan que los hombres tengan que elegir muchas veces entre lo que su propia conciencia les dicta como honrado, y aquello á que les obliga la necesidad de ganarse la vida? La culpa es de la sociedad; culpables somos todos nosotros. La peste es un azote. El hombre que trajera á su país el cólera, ó quien, pudiendo impedir que viniese, no hiciera esfuerzo alguno para evitarlo, sería responsable de un crimen. Pues la miseria es peor que el cóle-

ra. Aun en los tiempos mejores, más gente mata la miseria que la peste. Mirad las estadísticas de la mortalidad en nuestras ciudades; ved á dónde llega la muerte más rápida; ved dónde mueren los pequeñuelos como moscas; en los barrios más pobres. El hombre que mira con ojos indiferentes los estragos de esa peste, el hombre que no se dedica á combatirla y á extirparla, es culpable de un crimen.

Pero al mismo tiempo es un ciego que, por egoísmo, se infiere daño á sí propio. Porque, cada día más, la causa de todos es la causa nuestra. El progreso social hace que el bienestar de todos sea más y más el problema de cada uno; á todos los junta con lazos cada vez más estrechos, de los cuales nadie puede escaparse. Aquel que obedece á la ley y respeta la propiedad y cuida de su familia, pero no se interesa en el bien general, y no piensa en aquellos á quienes falta el alimento sino de tiempo en tiempo para darles una limosna, ese no es un verdadero cristiano; no es tampoco un buen ciudadano. Porque la obra hemos de realizarla por nosotros mismos. No podemos delegarla. No podemos confiar la política á los políticos ni la economía social á sus maestros. Somos todos quienes hemos de realizarla. El pueblo por sí mismo tiene que pensar, porque es sólo el pueblo el que puede obrar.

Ni tampoco es lícito refugiarse en la idea de la ignorancia ó impotencia propias. Tan malo es para un hombre pensar que él no puede saber nada, como pensar que lo sabe todo. Hay cosas que les

es dado conocerlas á cuantos tienen uso de razón, con sólo que utilicen su razón. Y hay algunas cosas que—como dijo Aquel cuyas enseñanzas le valieron la befa y la persecución de los altos sacerdotes, Aquel que fué crucificado por la sociedad culta, que hablaba con la voz de quienes no sabían lo que se decían—se esconden á los sagaces y á los prudentes y son reveladas á los niños.

Hay que discurrir recta y claramente buscando la raíz del problema planteado. Las ideas sobre los problemas sociales se hallan tan repletas de confusión y de perplejidad, que los anhelos de la gran masa de hombres que tiene la obscura pero intensa sensación de la injusticia, son orientados en todos los países cultos hacia remedios fútiles ó perniciosos. Débese esto, en gran parte, á que aquellos hombres que tienen mayor autoridad intelectual, como conocedores de las leyes sociales y económicas y asumen la dirección del pensamiento colectivo, consagran sus facultades no á demostrar en qué reside la injusticia, sino á oscurecerla y á ocultarla; no á iluminar la conciencia y el pensamiento común, sino á confundirlo y desorientarlo más y más.

VI

ECONOMÍA POLÍTICA

La Economía política debe resolver el problema.—Posibilidad de que constituya una ciencia.—El orden económico y el social se rigen por leyes inmutables.—Objeto de la Economía política.—Punto de partida de sus razonamientos. Sencillez y claridad de esta ciencia.—Los intereses particulares la han oscurecido.—Confianza que merece la razón humana.—La reforma social y el influjo de la verdad. Concurso de la mujer.

La persistencia de la miseria en medio del gran crecimiento y de la enorme acumulación de la riqueza, es un fenómeno económico; por tanto, el determinar la causa de ese mal y señalar el oportuno remedio, corresponde á la ciencia que se ocupa en estas cuestiones, á la Economía política; á ésta hemos de pedir la contestación á las interrogaciones que la conciencia y el corazón formulan á la vista del lamentable espectáculo social. ¿Puede haber una ciencia de la Economía política? Podrá discutirse cuando está formada esa ciencia, es decir, cuando nuestro conocimiento de las leyes económicas y de las naturales es tan amplio, tan com-